EL UNIVERSAL
EL GRAN DIARIO DE MÉXICO

Fecha	Sección	Página
28.05.2009	Opinión	23

Recesión y fetiches fiscales

José Luis Calva

Después de que el INEGI reportó la caída del PIB a tasa de 8.2% anual en el primer trimestre de 2009, el presidente Calderón señaló: "Lo relevante no es tanto saber cuánto ha afectado esta crisis económica a México"; lo "más importante es saber qué acciones, qué cosas concretas, qué decisiones podemos hacer o tomar para sacar adelante al país lo más pronto posible" (*Milenio*, 23/V/09). En realidad, una cosa va con la otra. El Presidente debería aprender del dicho popular: "Según el sapo, es la pedrada".

Para empezar, hay que recordar que la recesión mexicana es mucho más profunda que la estadounidense: en cifras desestacionalizadas, el PIB de EU cayó a tasa anualizada de 0.5% en el tercer trimestre de 2008 respecto al trimestre previo, mientras que el de México cayó 2.3%; en el siguiente trimestre, las caídas del PIB fueron de 6.3% y 9.8%, respectivamente; y en el primer trimestre de 2009, el PIB cayó 6.1% en EU y 21.5% en México (en cifras no desestacionalizadas, las caídas en el primer trimestre de 2009 fueron: 2.6% en EU y 8.2% en México, respecto a igual trimestre del año previo).

No obstante, las acciones contracíclicas de política fiscal para 2009 representan en EU 5.6% del PIB, mientras que en México escasamente representan 0.8% del PIB (véase nuestra entrega del 14/V/09).

No es algo insólito. Este estilo de gestión de la crisis es consustancial a la estrategia macroeconómica —aplicada desde el Pacto de Solidaridad Económica (1987)— que erige la estabilidad de precios en objetivo prioritario a ultranza, apuntalado en rígidas metas de balance fiscal.

Durante el gobierno de Salinas, el equilibrio fiscal fue consagrado como instrumento de la estrategia macroeconómica en el Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994, que postuló: "Una política de ingresos públicos que permita el financiamiento equilibrado de las actividades del sector público"; y "una política de gasto público que determine el nivel de las erogaciones de acuerdo con la disponibilidad de financiamiento no inflacionario". Y con arrogancia característica, en su cuarto informe de gobierno el ex presidente afirmó: "Muchos se preguntan por qué mantener un superávit fiscal cuando la economía muestra menor dinamismo. Sugieren relajar la situación superavitaria del Estado y mayor inversión pública que estimule un crecimiento superior. Conviene recordar que la disciplina fiscal es el encuadre de la estabilización económica (...). Esta estrategia está dando resultado. Por eso, reitero, la seguiremos manteniendo". Desde entonces, la economía real ha sido sacrificada en aras de la estricta disciplina fiscal.

Por eso, en una penetrante reflexión hecha desde su tierra natal en Sonora, que retrospectivamente podría considerarse pieza fundamental de su testamento político-económico, dos días antes de ser vilmente asesinado, Luis Donaldo Colosio afirmó: "No debemos convertir el equilibrio fiscal en un fetiche".

La historia es conocida: Colosio fue asesinado y la ortodoxia macroeconómica preservada. El PND 1995-2000 reiteró el fetiche del equilibrio fiscal; y en 1995 —con la economía real hundida en su peor crisis desde la Gran Depresión—, el gobierno de Zedillo sostuvo una meta de superávit presupuestal de 0.5% del PIB. En julio de ese año, la SHCP anunció orgullosa el logro de un superávit de 14 mil 596.1 millones de pesos, sin importar los tremendos costos económicos y sociales de la ortodoxia.

Esto viene a cuento por la postura de Manlio Fabio Beltrones, que afirmó (25/V/09): "La drástica contracción de la actividad económica (...) no sólo es consecuencia de la recesión global, sino que demuestra la ineptitud del gobierno en la gestión de una crisis que primero fue subestimada y ahora los ha rebasado por completo". Es cierto. Pero no hay que olvidar —en memoria de Colosio y para el bien de México— que este estilo de gestión macroeconómica deriva de la fidelidad a la ortodoxia fiscal introducida desde tiempos de De la Madrid y Salinas (ciertamente, el fetiche del equilibrio fiscal se mantiene con una enmienda: la exclusión de la inversión de Pemex de las metas de balance presupuestal).

En el futuro, si hemos de recobrar la conciencia de que el fin superior de toda buena gestión macroeconómica es el crecimiento sostenido del producto nacional y del empleo, debemos desechar el fetiche del equilibrio fiscal.

Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM